

La venida

¡Como el fuego enciende un matorral, como el fuego hace hervir el agua! Así manifestarías tu Nombre a tus adversarios y las naciones temblarían ante ti. Cuando hiciste portentos inesperados, que nadie había escuchado jamás, ningún oído oyó, ningún ojo vio a otro Dios, fuera de ti, que hiciera tales cosas por los que esperan en él. Tú vas al encuentro de los que practican la justicia y se acuerdan de tus caminos.

Tú estás irritado, y nosotros hemos pecado, desde siempre fuimos rebeldes contra ti. Nos hemos convertido en una cosa impura, toda nuestra justicia es como un trapo sucio. Nos hemos marchitado como el follaje y nuestras culpas nos arrastran como el viento. No hay nadie que invoque tu Nombre, nadie que despierte para aferrarse a ti, porque tú nos ocultaste tu rostro y nos pusiste a merced de nuestras culpas. Pero tú, Señor, eres nuestro padre, nosotros somos la arcilla, y tú, nuestro alfarero: ¡todos somos la obra de tus manos! (Isaías 64, 1-9).

*Escucha, Pastor de Israel,
tú que guías a José como a un rebaño;
tú que tienes el trono sobre los querubines,
resplandece ante Efraím, Benjamín y Manasés;
reafirma tu poder y ven a salvarnos.
¡Restáuranos, Señor de los ejércitos,
que brille tu rostro y seremos salvados!
Señor de los ejércitos,
¿hasta cuándo durará tu enojo,
a pesar de las súplicas de tu pueblo?
Les diste de comer un pan de lágrimas,
les hiciste beber lágrimas a raudales;
nos entregaste a las disputas de nuestros vecinos,
y nuestros enemigos se burlan de nosotros.
¡Restáuranos, Señor de los ejércitos,
que brille tu rostro y seremos salvados!
¡Que perezcan ante el furor de tu mirada
los que le prendieron fuego y la talaron !
Que tu mano sostenga al que está a tu derecha,
al ser humano que tú fortaleciste,
y nunca nos apartaremos de ti ;
devuélvenos la vida e invocaremos tu Nombre (Sal. 80, 1-7 y 16-18).*

Llegue a ustedes la gracia y la paz que proceden de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

No dejo de dar gracias a Dios por ustedes, por la gracia que él les ha concedido en Cristo Jesús. En efecto, ustedes han sido colmados en él con toda clase de riquezas, las de la palabra y las del conocimiento, en la medida que el testimonio de Cristo se arraigó en ustedes. Por eso, mientras esperan la Revelación de nuestro Señor Jesucristo, no les falta ningún don de la gracia. El los mantendrá firmes hasta el fin, para que sean irreprochables en el día de la

Venida de nuestro Señor Jesucristo. Porque Dios es fiel, y él los llamó a vivir en comunión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor (1 Cor. 1, 3-9).

En aquél tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: “En ese tiempo, después de esta tribulación, el sol se oscurecerá, la luna dejará de brillar, las estrellas caerán del cielo y los astros se conmoverán. Y se verá al Hijo del hombre venir sobre las nubes, lleno de poder y de gloria. Y él enviará a los ángeles para que congreguen a sus elegidos desde los cuatro puntos cardinales, de un extremo al otro del horizonte.

Aprendan esta comparación, tomada de la higuera: cuando sus ramas se hacen flexibles y brotan las hojas, ustedes se dan cuenta de que se acerca el verano. Así también, cuando vean que suceden todas estas cosas, sepan que el fin está cerca, a la puerta. Les aseguro que no pasará esta generación, sin que suceda todo esto. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. En cuanto a ese día y a la hora, nadie los conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, nadie sino el Padre.

“Tengan cuidado y estén prevenidos, porque no saben cuándo llegará el momento. Será como una persona que se va de viaje, deja su casa al cuidado de sus servidores, asigna a cada uno su tarea, y recomienda al portero que permanezca en vela. Estén prevenidos, entonces, porque no saben cuándo llegará el dueño de casa, si al atardecer, a medianoche, al canto del gallo o por la mañana. No sea que llegue de improviso y los encuentre dormidos. Y esto que les digo a ustedes, lo digo a todos: ¡Estén prevenidos!” (Marcos 13, 24-37).

Venid, fieles todos, a Belén vayamos

Así comienza un popular canto de Navidad. Vayamos al encuentro de Dios en el pesebre de Belén. Estamos, como lo señala el nombre de este tiempo de la fe, en el tiempo de la espera, la espera de la llegada, del advenimiento, de Jesús Salvador. Una espera que no sólo incluye su venida en Navidad sino también su venida en gloria tras su resurrección y ascensión, la que llamamos su segunda venida.

A veces corremos el peligro de olvidar que no somos nosotros los que vamos hacia Dios, sino que es él quien viene hacia nosotros. Es Dios quien nos busca, quien no ve la hora de encontrarse con nosotros y nosotras.

¿Qué ocurriría si Dios no nos buscara? ¿Qué pasaría si Dios no tuviera interés alguno en nosotros? El texto de Isaías, que hoy nos habla, describe la situación de su pueblo alejado de la fe y de Dios que irritado por su pecado que lo ha opuesto a merced de su culpa. Pareciera que Dios se ha cansado de su pueblo rebelde y lo abandona, nos abandona en nuestra propia maldad. Isaías reconoce que: *Nuestras culpas nos arrastran como el viento (Is. 64,5b).*

El profeta reconoce el mal en su pueblo, algo no querido por Dios, pero demanda a Dios mismo que se haga cargo de remediar la situación: *No te irrites, Señor, hasta el exceso, no te acuerdes para siempre de las culpas. ¡Mira que todos nosotros somos tu pueblo! (Is. 64, 8).* Reconoce la impotencia humana para librarse de su pecado y recurre a Dios rogándole: *Ante esto, ¿vas a permanecer insensible, Señor? (Is. 64, 11).*

El Padrenuestro de Isaías

Pero tú, Señor, eres nuestro Padre, nosotros somos la arcilla, y tú, nuestro alfarero: ¡todos somos obras de tus manos! (Is. 64, 7). Una fuerte expresión del profeta, llama a Dios Padre y reconoce que el pecado no es solamente una falta ética., es ruptura con Dios, destrucción del sentido cabal de la vida, pérdida de la orientación vital. El castigo es dejar al ser humano en soledad, sólo en compañía de su propia culpa. Es dejarnos abandonarnos a nuestras propias equivocadas elecciones. Es como si el dicho de que Dios nos ve cuando pecamos fuera falso, es que quedamos absolutamente solos, sin la compañía de Dios, lejos, absolutamente lejos de él. No dirá: ¡Cuidado! ¡Te vi!, sino: Desgraciadamente, ya no te veo.

El perdón es recuperar la visión del rostro de Dios. Cuando él vuelve a verme -pecador como soy- estoy salvo. Dios no pasa por alto mi pecado, al decirle: perdóname, le digo: mírame y tómame de mi mano y ponme a trabajar en tu reino.

Pablo sabe por donde comenzar

El no se pone en la crítica por la crítica misma, no apunta con el dedo acusador. Comienza alegrándose por lo mucho de bueno que hay en la comunidad de Corinto y los alaba por ello. Da gracias a Dios por esas maravillas y por lo que Dios obra en los cristianos en ese lugar.

No es táctica para conquistarlos, es poner en evidencia la luz de Dios en esa comunidad, subrayar lo bueno y verdadero en su vivencia de la fe. Luego vendrá el momento de analizar los detalles a corregir.

La comunidad ha de tomar conciencia de los recursos con que Dios la ha bendecido. Motivo para dar gracias y para sentir el desafío a vivir la fe. *No dejo de dar gracias a Dios por ustedes...Dios es fiel y él los llamó a vivir en comunión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.*

¡Prevenidos, prevenidos...!

El texto de Marcos se refiere, claro, a la segunda venida del Señor. Nos habla de un estar atentos, dispuestos. Es un tener conciencia de la tarea ya cumplida que Dios nos ha confiado y la que, en el día a día, nos proponemos cumplir. A Dios en Cristo le importa el que vivamos nuestra vocación de fe, el abrir nuestra vida al amor de Dios, a Dios mismo en Jesús, tanto en nuestro entender como en nuestro realizar.

Vamos camino- espiritualmente a Belén-, en verdad clamando por la presencia amorosa y perdonadora de Dios. Porque como dice el profeta Isaías: *Tú, Señor, eres nuestro Padre, nosotros somos la arcilla, y tú, nuestro alfarero.* Y como afirma San Pablo, somos llamados: *a vivir en comunión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.* Por eso siempre estamos prevenidos, dispuestos a recibir su presencia y esperar su venida en Navidad a nuestros corazones y su venida en gloria para establecer plenamente su reinado.